educar

EL AMOR HUMANO

Año 2008 ● nº 8 ● agosto

La educación al amor de los adolescentes

Dr. Juan de Dios Larrú Ramos, DCJM

1. Introducción

Romano Guardini, en su conocida obra "Las etapas de la vida"[1], afirma que en la crisis de la pubertad aparecen fuertemente subraya dos dos impulsos básicos: la autoafirmación individual y el instinto sexual. Del primero nace la constante rebelión del adolescente, la oposición a toda autoridad, la desconfianza hacia lo que otros dicen o la facilidad para ser seducido por las ideas más necias. Del segundo, al no estar todavía integrada la sexualidad en la persona y no saber interpretarla bien, surge la inseguridad, la tendencia a replegarse sobre sí mismo, la formación de un ámbito de intimidad que pierde con frecuencia la relación con el entorno y la realidad.

Las dos dimensiones señaladas, el deseo de autoafirmación y la ambigüedad de su sexualidad, convergen hacia el gran objetivo de la educación en esta etapa de la vida: que el joven logre dar una respuesta a la pregunta por la propia identidad. La identidad del hombre es narrativa[2]. Es decir, la pregunta ¿quién soy yo? es abierta, existencial, está siempre presente en la vida de cada uno de nosotros y provoca nuestra libertad. Pero en esta edad de la adolescencia se hace especialmente urgente y acuciante, pues la respuesta inicial "soy hijo de" se percibe ahora como totalmente precaria e insuficiente. En efecto, el paso de la niñez a la adultez supone la maduración del amor filial y fraternal. Las experiencias de la filiación y la fraternidad han de consentir un crecimiento hacia un amor esponsal sea en su modalidad virginal o conyugal. Tanto el amor virginal como el amor conyugal son irrevocables.

La resistencia de los adolescentes a una elección definitiva no es de hoy[3]. Sin embargo, percibimos que franquear esta crisis se hace actualmente singularmente difícil y dramático, por múltiples y complejos motivos. La raíz de esta ambigüedad se encuentra en que para entregar la vida es preciso apoyarse en una autoridad que aparece ahora como ausente, evanescente, totalmente inevidente.

Me limitaré a señalar únicamente dos factores culturales que contribuyen a una notable ralentización en la maduración de las personas: se podrían designar de modo sintético como el adolescentrismo y el pansexualismo. Cada uno de ellos afecta respectivamente a los dos impulsos básicos mencionados por Guardini.

Un breve análisis de estos factores nos puede ayudar a interpretar mejor la realidad y el entorno en que vivimos, para poder encontrar en sus luces y sus sombras, en sus posibilidades y dificultades, algunas pistas y caminos por los que podamos afrontar la educación al amor de nuestros adolescentes.

2. Una cultura narcisista que promueve el adolescentrismo[4]

Una de las mayores paradojas de nuestra sociedad occidental consiste en hacer crecer a los niños demasiado rápido, animándolos al mismo tiempo a permanecer adolescentes el mayor tiempo posible.

En efecto, la estimulación precoz, el ingreso en guarderías desde edades muy tempranas por la presión laboral y social, parecen pretender un rápido logro de autonomía. Desde pequeños se incita a los niños a tener comportamientos de adolescentes cuando aún no tienen las competencias psicológicas para asumirlos. De ese modo, desarrollan una precocidad que no es fuente de madurez, saltándose las tareas psicológicas propias de la infancia, lo que les puede perjudicar en su futura autonomía, como lo demuestra la multiplicación de los estados depresivos de muchos jóvenes. Además, la inestabilidad de la vida familiar priva al niño de la seguridad emocional requerida.

Por otro lado, este "acortamiento" de la infancia se acompaña por una adolescencia mucho más larga que, en no pocas ocasiones, resulta interminable[5]. El modelo cultural dominante, claramente adolescéntrico, favorece el consumo, el dócil seguimiento de los dictados y las tendencias de la moda, el vivir en el ideal de una libertad sin vínculos ni compromisos definitivos. El mensaje que se les transmite a los adolescentes es que la vida adulta es muy compleja y que, por tanto, no han de tener prisa en la maduración. Dado que la esperanza de vida ha crecido considerablemente y uno de los frutos más valorados de la calidad de vida es la longevidad, ya tendrán tiempo de madurar. Ahora lo importante es disfrutar y aprovechar, que luego ya no podrán. La cultura narcisista hace de todo para que a los jóvenes no les falte nada, y además les induce a creer que tienen que satisfacer cada uno de sus deseos, confundiendo a menudo deseo con imperiosa necesidad. Al acortar la infancia y exaltar la adolescencia, la sociedad deja entrever que no quiere crecer y existir como adulto, de modo que es difícil liberarse de los modos de gratificación propios de la infancia, -que se trasladan ahora a la adolescencia-, para acceder a satisfacciones superiores.

En efecto, en una sociedad que, por diversas razones, cultiva el relativismo, la duda y el cinismo, el miedo y la impotencia, los jóvenes tienden a asirse a modalidades de gratificaciones primarias y tienen dificultad en madurar. Todo esto los predispone a vivir en lo imaginario, en un mundo virtual, sin contacto con la realidad que no han aprendido a conocer y que además los defrauda y deprime. Tienen un acercamiento lúdico a la vida, con la necesidad de ir de juerga, sobre todo los fines de semana, de evadirse y huir ante la falta de sentido.

3. Una cultura pansexual[6]

La cultura dominante que configura nuestra sociedad es ciertamente muy compleja y cambiante. Es un hecho constatable por todos que la cultura está cargada de una fuerte dosis de laicismo radical y excluyente. Este horizonte cultural secularizado, que excluye positivamente toda referencia a Dios, presenta un modo particular de comprender la realidad sexual y todos los valores morales en correlación con la misma. El ambiente cultural que respiramos se puede denominar como "pansexual". En él se está verificando a ritmo vertiginoso un cambio en las relaciones cultura-naturaleza y persona-naturaleza. Si para articular de modo conveniente el primer nexo es importante profundizar en una adecuada racionalidad humana, para vincular el segundo nexo es singularmente relevante profundizar en la libertad humana.

El término pansexual puede resultar un tanto extraño, pero encierra ya en su misma etimología con el prefijo griego "pan", una pretensión ideológica de comprensión global de la cultura, centrada en una comprensión de la sexualidad humana bien determinada. Esta visión de la sexualidad se caracteriza por tres notas fundamentales: la identificación de sexualidad y genitalidad, la consideración de la misma como un mero objeto de consumo, y el relativismo de la libertad individual. Expliquemos un poco más detalladamente las tres notas enumeradas:

El amor líquido: la identificación de sexualidad y genitalidad

Para el eminente sociólogo contemporáneo Z. Bauman[7], vivimos en una sociedad líquida, que entroniza lo efímero, lo fugaz, lo etérero, lo episódico, lo cambiante y sin compromisos. Dentro de esta mentalidad se propone y presenta como paradigmático el denominado "amor líquido". Este adjetivo, "líquido", pone de manifiesto la fragilidad de los vínculos afectivos entre las personas. El amor líquido se caracteriza por aborrecer todo aquello que es sólido y duradero. El ambiente de hedonismo, con la absolutización de la experiencia del placer, de la satisfacción y gratificación inmediatas, fomenta la expansión de este amor débil, frágil, que licua y derrite toda otra com-

prensión del amor. El amor líquido se convierte con facilidad en el referente en el ámbito de la adolescencia.

Este proceso de licuefacción afecta de un modo directo a la relación amor-sexualidad. Podríamos decir que si el amor se licua en la forma de deseo, la sexualidad se licua en la forma de genitalidad, que favorece la suplantación del género por el sexo.

La reducción de la sexualidad a la dimensión biológico-genital trae como consecuencia, en el clima de refinado hedonismo, que lo sexual se relacione casi inmediatamente con lo que conlleve una excitación genital placentera, carente de todo significado personal. Con esta identificación reductiva, se desvanece el valor simbólico de la sexualidad y con ello su relación a una trascendencia, a los valores psicológicos ligados a la construcción de la intimidad humana y a las relaciones que llenan de contenidos personales la relación hombre-mujer. El hombre de hoy busca en el sexo la satisfacción del deseo y el placer que le produce.

La incentivación del deseo sexual que nunca es plenamente satisfecho, retroalimenta un crecimiento del mismo hasta el punto de dar lugar, en no pocos casos, a un proceso compulsivo que desemboca en una auténtica obsesión, una perturbación anímica producida por la idea fija del bienestar sexual. Esta obsesión se ha llegado a convertir en una verdadera "adicción al sexo" que se considera ya como una nueva patología en los círculos psiquiátricos de Estados Unidos. El resultado de esta identificación es una progresiva despersonalización de la sexualidad, fruto de un dualismo antropológico y una creciente promiscuidad entre los adolescentes cuyos efectos se pretenden "controlar" a través de un uso masivo del preservativo, de la denominada "píldora del día después", etc...

El sexo como objeto de consumo

Como consecuencia del primer factor, se verifica una ilimitada invasión de mensajes de contenido sexual, la exaltación de la llamada libertad sexual, la omnipresencia de lo sexual en todos los ámbitos culturales: publicidad, prensa, radio, cine, televisión, internet, espectáculos, educación, ocio, deporte, trabajo... Estudios recientes han mostrado que el 75% de las películas que se ven en la televisión por cable son pornográficas, con escenas cada vez más violentas y agresivas, porcentaje que aumenta hasta un 92% entre los clientes de los hoteles. La proliferación de imágenes sexuales demuestra que vivimos en una sociedad erotizada, que permanentemente excita a los individuos desde el punto de vista sexual, condicionando fuertemente la elaboración de la sexualidad juvenil. Muchos jóvenes, de hecho, visitan las páginas web pornográficas, y algunos de ellos, así alimentados, se encierran en una sexualidad imaginaria y violenta, en la que domina una masturbación vivida como fracaso de llegar al otro y que por lo tanto puede complicar la elaboración del impulso sexual. La masturbación, si dura en el tiempo, es siempre síntoma de un problema afectivo y de una falta de madurez sexual.

La propaganda tiende, pues, a cosificar la sexualidad y a hacer de ella objeto de consumo. Se trata de una concepción utilitarista que se aplica a la sexualidad considerándola un producto de consumo. La sociedad del bienestar basa su éxito en la promesa de satisfacción de los deseos humanos en un modo inimaginable. Esta sociedad logra hacer permanente la no-satisfacción. Como toda relación es débil, tratemos de tener cuantas más mejor, de modo que podamos encontrar aquí y allá algo que nos satisfaga, comprensión o simpatía. El criterio comercial para extender su consumición es claro: más cantidad, mayor rapidez de excitación, más intensidad de placer.

Este uso de la sexualidad genera, además, una gran cantidad de intereses económicos que la convierten en un mercado atractivo y floreciente que rinde cuantiosos beneficios y que, por ello, se extiende en numerosas ramificaciones: el negocio de la pornografía, la prostitución, los medios anticonceptivos, el aborto, etc. La sexualidad se considera un fin lucrativo y de compraventa. Su oferta genera y promueve una repetición de experiencias sexuales, cuya consumición masiva es el fin que se persigue. La invasión y saturación de sexo parece atravesar transversalmente toda la cultura de la sociedad actual, que sorprende al hombre en cualquier esquina, anuncio, revista, programa, película, dirección de internet… creando una sensación de indefensión que resulta no pocas veces abrumadora, con la tentación de resignarse a no poder hacer nada, a tener que "habituarse a convivir" con todo ello.

El relativismo de la libertad individual

Este proceso de trivialización y banalización del sexo, que favorece su creciente omnipresencia invasora como producto de consumo, está además blindado contra toda valoración moral negativa. En efecto, cuando la libertad individual de cada uno se erige en el supremo criterio ético, lo que parece signo de tolerancia y liberalidad, se

convierte en realidad muy pronto en un nuevo y verdadero dogmatismo que excluye cualquier otra posición que no sea la relativista. De este modo, se convierte en totalmente inadmisible la expresión pública de todo juicio moral auténtico que ha de quedar confinado en la conciencia de cada uno.

A través de esta censura implícita se prohíbe toda crítica y oposición moral a esta invasión que se contempla como positiva en cuanto que supone una aparente ampliación del ámbito de libertad. Como resultado de los dos primeros factores, se considera esta forma genital de la sexualidad como un bien especial de consumo que ha de ser moralmente apreciado, o cuando menos liberado de toda sospecha moral puritana negativa.

Dentro del marco de creciente libertad y ampliación de derechos, se reivindica de un modo bien particular el derecho al placer sexual de todas las personas. Cualquier sospecha que se pueda levantar al respecto es inmediatamente censurada y tachada de intolerante, fundamentalista o integrista.

De este modo, el relativismo moral según el cual cualquier opinión en temas morales sería igualmente válida, consiente la difusión de este fenómeno sin que se encuentren resistencias morales.

4. El analfabetismo afectivo de los adolescentes

Una cultura que promueve el adolescentrismo y el pansexualismo exalta, por encima de todo, la libertad individual. Esta absolutización de la libertad conduce, sin embargo, a una pérdida de sentido, al oscurecimiento del origen y el fin de la misma libertad. La afirmación de la plena autonomía de la libertad aleja a ésta de toda relación con la afectividad. Cuando la libertad se desarraiga de su sustrato afectivo recae rápidamente en la esclavitud de una actividad a la deriva, sin sentido. Ésta es la situación en la que se encuentran sumergidos tantos adolescentes. Precisamente por ello nuestra cultura que aparentemente se presenta segura de sí, como teniendo todo bajo control, en realidad es sumamente frágil, insegura, líquida, incapaz de hacer madurar a las personas en lo más decisivo de la vida como es la hermosa tarea de aprender a amar.

La mayoría de los padres de familia quieren orientar a sus hijos sobre la afectividad y la sexualidad, pero no están seguros de cómo deben hacerlo ni como afrontar sin complejos esta tarea educativa. En muchas ocasiones se encuentran abrumados y perplejos, pues no encuentran quién les apoye o un ambiente adecuado en el que sus hijos puedan crecer. Además, nuestros hijos poseen mucha más información sobre estos temas de la que los padres sospechan.

Como fruto de todo ello, la imagen simbólica que la sexualidad tiene para nuestros jóvenes consiste simplemente en la posibilidad de un placer, y la educación a la sexualidad se plantea como una cuestión técnica dirigida a que la satisfacción del placer no conlleve consecuencias indeseables. Con ello se margina y olvida la cuestión de fondo que es el sentido de la sexualidad[8].

Esta situación paradójica refleja una crisis educativa muy profunda a todos los niveles. L. Giussani, en su obra *Educar es un riesgo,* afirma al respecto lo siguiente: "Tanto la perplejidad, que a veces es impotencia ante unas nuevas generaciones que están particularmente marcadas por un mundo en el que el hombre está dividido, como la afirmación de antiautoritarismo en cuanto clave para construir una nueva postura educativa, tiene como denominador común la ausencia de propuesta de cualquier valor"[9].

Es, por ello, de vital importancia reelaborar una propuesta educativa atractiva, que tenga su centro en la originalidad de la experiencia cristiana del amor. El método educativo cristiano no se caracteriza por un simple hacer, en el sentido de tener experiencias, ni por un simple informar, en el sentido de conocer determinados medios o técnicas, sino que lo característico de la experiencia educativa es buscar y encontrar un sentido, que nos conduce a la progresiva unificación de la persona.

Esta urgencia educativa ha sido puesta de manifiesto por Livio Melina, Presidente del Instituto Juan Pablo II, en la conferencia que pronunció en Segorbe en el verano de 2006. En ella se refirió con gran lucidez al fenómeno del analfabetismo afectivo. Dijo textualmente: "…este analfabetismo emotivo, puesto de relieve por sociólogos y psicólogos, significa una incapacidad de leer y escribir. *Incapacidad de leer* las propias emociones y los propios sentimientos, lo que hace que sean alejados o que exploten de manera incontrolada; incapacidad de interpretar el propio mundo interior y de darle un sentido dentro de un marco general de significado. *Incapacidad de escribir* en la trama de la propia existencia y de la historia lo que se siente dentro de sí, permaneciendo silenciado o mal expresado, incomprensible e irrealizable. El contexto de soledad, la falta de puntos de referencia con autoridad, de maestros, de historias narradas, de comunidades vividas, impide la interpretación de las emociones y de los afectos; impide el reconocimiento de un sentido que los califique y oriente. Sin vocabulario,

sin gramática, sin maestros no se aprende a leer ni a escribir. Emerge así el problema decisivo para la formación de la persona, la necesidad de un marco de referencia interpretativo del fenómeno emotivo y afectivo, que pueda constituir un contexto de sentido capaz de integrar la experiencia, de hacerla comprensible y constructiva"[10].

El término "analfabetismo afectivo" se describe, por consiguiente, en términos de una incapacidad de aprender a leer y escribir el lenguaje afectivo del amor[11]. Para aprender una lengua, es preciso escuchar y convivir con personas que la hablen bien y dialogar con ellas una y otra vez. Así aprende el niño a hablar, y posteriormente va aprendiendo la gramática y la sintaxis, hasta que consigue leer y escribir correctamente. De manera análoga, el lenguaje del amor se va aprendiendo en contacto con las personas que más nos aman y, de este modo, la persona se va disponiendo para vivir el don de sí. Aprender a leer y escribir los afectos consiste en saberlos interpretar e integrar. Notemos que ambas cosas van unidas: cuanto más y mejor leemos (interpretamos), vamos escribiendo y redactando (integrando) mejor, ya que se va enriqueciendo nuestro vocabulario y somos capaces de redactar párrafos con más precisión y belleza.

Se vislumbra, así, la importancia de la amistad donde se da una unidad singular entre la libertad y el afecto en un dinamismo interno que conduce a afrontar el drama de la vida como construcción de una historia. La importancia de los amigos ha sido destacada singularmente en la edad de la adolescencia. La pandilla, sin embargo, no siempre conduce a una madurez sino que se convierte en el lugar donde el adolescente se mimetiza, se "esconde" y refugia en una "mística" de grupo que no le compromete y donde se encuentra cómodo. La amistad (una experiencia necesaria en todas las edades de la vida) es el camino privilegiado para penetrar en el sentido de la felicidad, del fin último de la vida. Aristóteles afirma en su Ética a Nicómaco: "lo que podemos mediante los amigos, de algún modo lo podemos por nosotros mismos"[12]. Cultivar amistades sanas, incluida la amistad con Cristo, es un modo de aprender a integrar e interpretar los afectos de la propia libertad.

5. Aprender el lenguaje del cuerpo

La educación afectiva como educación al amor está en estrecha relación con nuestro cuerpo. La experiencia de la adolescencia lleva consigo una nueva evidencia en el vínculo entre cuerpo e identidad. En medio de las transformaciones somáticas y continuos desajustes, el adolescente va a buscar su propia identidad como espiando, por así decir, su propio cuerpo que le resulta extraño. Delante del espejo, el adolescente oscila entre la euforia y la depresión.

Ambas se corresponden con el culto al cuerpo y el desprecio del mismo como dos fenómenos que se dan simultáneamente hoy[13]. En el primer caso, el cuerpo tiende a convertirse en el lugar de la satisfacción subjetiva de las necesidades del individuo; en el segundo el cuerpo es sometido y utilizado como un simple objeto a nuestra disposición. Ambas concepciones impiden descubrir su verdadero significado[14]. Cuando se absolutiza el cuerpo, se cae con frecuencia en el narcisismo, en la obsesión por la propia imagen, incapaz de revelar el misterio del hombre que es cuerpo, pero al mismo tiempo más que cuerpo. Cuando se desprecia el cuerpo, se le somete a esclavitud y pierde también su conexión con la persona.

Los fenómenos contemporáneos como, el tatuaje, el *piercing*, el *cutting*, el *branding*, y tantos otros están en estrecha relación con esta ambigüedad del significado del cuerpo, que resulta tan inquietante para el adolescente de cara a poder responder a su propia identidad. Según algunos autores, el fenómeno del *piercing* parece bastante próximo a las prácticas iniciáticas de la cultura tribal o religiosa, que manifiesta una nostalgia por los orígenes, una búsqueda de la propia identidad[15]. La frontera entre cuerpo decorado y cuerpo manipulado o incluso maltratado, parece bastante difuminada. En este sentido, se llega a recurrir a una estética masoquista a fin de encontrar una identidad perdida.

Junto a los fenómenos mencionados, constatamos también en nuestra cultura de la imagen, una cierta obsesión por la figura corporal que se refleja en el creciente interés por la dietética. Algunas patologías como la *anorexia*[16] o la *bulimia* (síndrome caracterizado por accesos de ingestión de comida con sentimiento de pérdida de control de toda capacidad de límite)[17] tienen su origen en la percepción monstruosa del propio cuerpo que tiene el adolescente[18]. Se trata, por tanto, de una génesis psicológica, más que una génesis estética por las tendencias de la moda o una génesis dietética por las costumbres alimenticias, aunque estos factores también influyan. El adolescente experimenta con gran fuerza y viveza la relación alma (psique)-cuerpo que es dinámica y se da en múltiples dimensiones de la persona.

El cuerpo humano es personal. El vínculo entre el cuerpo físico y la persona es mucho más que una inseparabilidad espacial. El cuerpo es una maravillosa fuente de sentido, fuente de significado para nuestras experiencias vitales y en él está inscrita nuestra específica vocación al amor, vocación al don de sí que es preciso aprender a interpretar (leer) e integrar (escribir). El cuerpo tiene un significado esponsal del que es preciso cobrar conciencia progresivamente para poder madurar un amor filial hacia un amor esponsal.

Es de decisiva importancia acompañar a los adolescentes en el descubrimiento de este significado esponsal del cuerpo, que les invita a una entrega personal en totalidad que da sentido a toda la vida de una persona. El descubrimiento del significado esponsal del cuerpo está en íntima relación con la diferencia sexual porque el hombre o la mujer no realizan totalmente su esencia sino que únicamente la realizan existiendo con alguien y para alguien. Una cultura que tiende a eliminar la diferencia sexual o que la considera irrelevante por ser meramente una cuestión cultural, no natural, dificulta y llega a impedir la entrega, el don de sí, y genera frustración e infelicidad. El hombre y la mujer están llamados a la comunión, y la diferencia sexual no es un obstáculo a la misma, sino precisamente su condición de posibilidad. De este modo, la búsqueda personal de una plenitud no se reduce a un simple crecimiento natural de las capacidades, sino la asunción de la verdad de una serie de encuentros personales que están dirigidos a la construcción de una comunión de personas.

Con expresión atrevida, la encíclica *Deus caritas est* afirma que el cuerpo es el lugar de la libertad (*provincia libertatis*)[19]. Nuestra libertad se enraíza en nuestra corporalidad. La condición corporal de nuestra libertad nos invita a la tarea de crecer en ella en las relaciones concretas con los demás, pues es en la experiencia del cuerpo donde descubrimos la intrínseca relación que existe entre el afecto y la libertad. De este modo, en la humildad del cuerpo, en su kénosis, en su fragilidad y vulnerabilidad, podemos descubrir a Dios como fuente de la belleza integral del cuerpo humano[20].

El cuerpo es, además, -como ha escrito Juan Pablo II- "sacramento primordial", signo y manifestación visible de una realidad invisible[21]. Es decir, a través del cuerpo se expresa la persona. El cuerpo manifiesta la persona; es, en su visibilidad concreta, epifanía de la persona. Esta capacidad de expresar el amor, propia del cuerpo, es educable, pues está llamada a crecer indefinidamente.

En el insondable misterio del hombre, la afectividad y la sexualidad tienen un sentido sagrado, que las trasciende a ellas mismas. Desde este punto de vista, el cuerpo posee una dimensión cultual. El papel del cuerpo en la liturgia cristiana es una escuela para descubrir su significado esponsal. Como afirma S. Pablo: “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable” (Rm 12, 1). La Eucaristía, como sacramento del Cuerpo, es el vértice de esta dimensión cultual que une a Dios con los hombres.

6. La educación al amor en el contexto de la vocación

De todo lo que hemos venido comentando brevemente, podemos extraer una *primera conclusión*: toda persona, para vivir y realizar su vocación, necesita una educación al amor, necesita aprender a amar. Este aprendizaje es vital, experiencial, dura toda la vida, pero conoce sus etapas y estaciones. Como hemos visto, esta educación al amor es especialmente necesaria en nuestros días en la etapa de la adolescencia ante el ambiente cultural que nos circunda. El Directorio de la Pastoral Familiar en España lo confirma de este modo:

“La vocación al amor, que es el hilo conductor de toda pastoral matrimonial, requiere un cuidado esmerado de la *educación al amor*. Ésta es más necesaria en nuestros días en cuanto la cultura ambiental extiende formas degeneradas de amor que falsean la verdad y la libertad del hombre en su proceso de personalización: son maneras teñidas de *individualismo* y *emotivismo* que lleva a las personas a guiarse por su simple sentimiento subjetivo y no son conscientes siquiera de la necesidad de *aprender a amar*[22]”[23]

Una *segunda conclusión* importante es que la familia es la escuela originaria y permanente de educación al amor; en ella no solamente se dan los primeros pasos de la vida, sino que se aprende el lenguaje del amor, se cultiva y se hace madurar la vocación al amor. La intrínseca dimensión familiar de la vida humana y cristiana exige que la pastoral juvenil no se reduzca a una pastoral del ocio sino que ha de ser profundamente más familiar.

Una *tercera conclusión* es que existe un estrecho vínculo entre vocación al amor y significado esponsal del cuerpo. En este nexo juega un papel decisivo el crecimiento de las virtudes, singularmente la virtud de la castidad. Los padres han de ayudar a los adolescentes a amar la belleza y la fuerza de la virtud de la castidad, poniendo en

evidencia el valor de la oración y la recepción fructuosa de los sacramentos, especialmente la confesión personal, para crecer siempre en ella. Como también afirma el Directorio:

"Si el amor verdadero sólo encuentra su última verdad en la entrega sincera de sí mismo a los demás para realizar la *entrega sincera de la vida*[24], es precisa una educación en el conocimiento, dominio y dirección del corazón. En cuanto esto comprende la dimensión de la sexualidad, la integración de la misma para que signifique y exprese un amor verdadero se denomina *virtud de la castidad*[25]. Por tanto, la castidad no es una represión de las tendencias sexuales sino la virtud que, al "impregnar de racionalidad las pasiones y los apetitos de la sensibilidad humana"[26], hace que el hombre pueda integrar rectamente la sexualidad en sí mismo y en las relaciones con los demás, ordenándola al amor verdaderamente humano"[27].

La adolescencia representa en el desarrollo de la persona el periodo de la proyección de sí, del descubrimiento y configuración definitiva de la fisonomía de la propia vocación a la santidad. El adolescente necesita los límites que al mismo tiempo pone en tela de juicio.

En la aventura educativa, amar de corazón a los adolescentes es el mejor modo de promover su vocación[28]. La verdad del amor siempre es exigente. No temáis exigir a vuestros hijos; será una fuente de crecimiento para ellos y para vosotros mismos. El testimonio de amor y fidelidad de los padres es particularmente elocuente para los adolescentes que buscan siempre modelos reales y atrayentes de identificación e imitación en un mundo tan carente de ellos.

En el V Encuentro Mundial de Familias nos recordó: "los padres han de procurar que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad. Con el pasar de los años, este don de Dios que los padres han contribuido a poner ante los ojos de los pequeños necesitará también ser cultivado con sabiduría y dulzura, haciendo crecer en ellos la capacidad de discernimiento. De este modo, con el testimonio constante del amor conyugal de los padres, vivido e impregnado de la fe, y con el acompañamiento entrañable de la comunidad cristiana, se favorecerá que los hijos hagan suyo el don mismo de la fe, descubran con ella el sentido profundo de la propia existencia y se sientan gozosos y agradecidos por ello"[29].■

NOTAS:

1 R. GUARDINI, *Las etapas de la vida. Su importancia para la ética y la pedagogía*, Palabra, Madrid ^{3}2000, 43-46.

2 P. RICOEUR, *Soi-même come un autre,* Le Seuil, Paris 1990.

3 Ver, por ejemplo, la objeción de Jeremías a su vocación: "Ay, Señor, yo no sé hablar, mira que soy un muchacho" (Jr 1, 6).

4 C. LASCH, *La cultura del narcisismo*, Andrés Bello, Barcelona 1999; T. ANATRELLA, *Le Règne de Narcisse – Les enjeux du déni de la différence sexuelle*, Presses de la Renaissance, Paris 2005.

5 T. ANATRELLA, *Interminabiles adolescences, le 12/30 ans, puberté, adolescence, postadolescence: une société adolescentrique*, Éditions du Cerf, Paris ^{9}1997; R. BLY, *La società degli eterni adolescente*, Red, Como 2000.

6 J.J. PÉREZ-SOBA, "El "pansexualismo" de la cultura actual", en AA.Vv., *Diálogos de Teología VI. El matrimonio y la familia, claves de la nueva evangelización*, Valencia, Edicep-Fundación Mainel, 2004, 85-110; ID., "El "pansexualismo" de la cultura actual", en *El corazón de la familia*, Publicaciones de la Facultad de Teología "San Dámaso", Madrid 2006, 339-376; Número monográfico de la revista *Anthropotes* XX/1 (2004): "Evangelizzare nella cultura del pansessualismo".

7 Z. BAUMAN, *Amore liquido. Sulla fragilità dei legami affettivi*, Laterza, Bari 2003; ID., *Vita liquida*, Laterza, Bari 2006.

8 J. NORIEGA, *Educación de la sexualidad como educación al amor,* Conferencia Parroquia de la Concepción (Madrid) 27.04.2006; (Revista e-aquinas.net Año 4 Noviembre 2006, pp. 1- 15).

9 L. GIUSSANI, *Educar es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero*, Encuentro, Madrid 2006, 34-35.

10 L. MELINA, "Analfabetismo afectivo y cultura del amor", Segorbe (6.07.2006) pro manuscrito.

11 R. SCOTTO, *El lenguaje del amor. Sexualidad y vida de pareja*, Ciudad Nueva, Madrid 2006.

12 ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III, III (BK 1112 b 27).

13 C. ROCCHETTA, "La corporeità nell'educazione all'amore", *Credere oggi* 6 (1993) 42-55.

14 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 5.

15 G. PIETROPOLLI – A. MARCAZZAN, *Piercing e tatuaggio. Manipolazioni del corpo in adolescenza*, Franco Angeli, Milano 2000;

S. GUARINELLI, "Tracce di deprivazione affettiva nella cultura giovanile. Istanze del mondo giovanile rilette a partire da alcuni passaggi precoci dello sviluppo psicologico", *La Scuola Cattolica* 129 (2001) 853-870.

16 Cfr. D. MARCELLI-A. BRACONNIER, *Psicopatología del adolescente*, Masson, Barcelona [2]2005, 150-169.

17 Cfr. D. MARCELLI-A. BRACONNIER, *Psicopatología del adolescente*, Masson, Barcelona [2]2005, 169-174.

18 S. CERVERA - B. QUINTANILLA, *Anorexia nerviosa. Manifestaciones psicopatológicas fundamentales*, Eunsa, Pamplona 1995; J. FERRERO [et al.], *Anorexia y bulimia nerviosas: una guía práctica para padres, educadores y médicos de familia*, Promolibro, Valencia 1999; N. ÁLVAREZ, *Yo vencí la anorexia*, Temas de hoy, Madrid 2001.

19 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 5.

20 JUAN PABLO II, *Homilía Capilla Sixtina con motivo de la restauración de los frescos de Miguel Ángel*, (8.04.1994).

21 JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó,* Catequesis XIX, Cristiandad, Madrid 2000.

22 Cfr. FSV, nn. 22-26.

23 CEE, *Directorio de la Pastoral Familiar en España*, n. 89.

24 Cfr. GS, n. 24; FC, n. 37.

25 Cfr. SH, nn. 65-76.

26 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2341.

27 CEE, *Directorio de la Pastoral Familiar en España*, n. 89.

28 J. BARRACA, *Vocación y persona. Ensayo de una filosofía de la vocación*, Unión Editorial, Madrid 2003.

29 BENEDICTO XVI, *Homilía Eucaristía conclusiva V Encuentro Mundial de Familias*, Valencia 9.07.2006.

BIBLIOGRAFÍA

T. ANATRELLA, *Interminabiles adolescences, le 12/30 ans, puberté, adolescence, postadolescence : une société adolescentrique*, Éditions du Cerf, Paris [9]1997.

_____, *Le Règne de Narcisse – Les enjeux du déni de la différence sexuelle*, Presses de la Renaissance, Paris 2005.

G. ANGELINI, *Educare si deve, ma si può?*, Vita e Pensiero, Milano 2000.

J. BARRACA, *Vocación y persona. Ensayo de una filosofía de la vocación*, Unión Editorial, Madrid 2003.

N. GONZÁLEZ RICO, *Hablemos de sexo con nuestros hijos*, Styria, Barcelona 2006.

L. GIUSSANI, *Educar es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero*, Encuentro, Madrid 2006.

R. GUARDINI, *Las etapas de la vida. Su importancia para la ética y la pedagogía*, Palabra, Madrid [3]2000.

D. VON HILDEBRAND, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, Palabra, Madrid [3]1998.

L. MELINA, "Analfabetismo afectivo y cultura del amor", Segorbe (6.07.2006) pro manuscrito.

J. NORIEGA, *Educación de la sexualidad como educación al amor,* Conferencia Parroquia de la Concepción (Madrid) 27.04.2006, (Revista e-aquinas.net Año 4 Noviembre 2006, pp. 1 – 15).

J.J. PÉREZ-SOBA, "El "pansexualismo" de la cultura actual", en AA.Vv., *Diálogos de Teología VI. El matrimonio y la familia, claves de la nueva evangelización*, Valencia, Edicep-Fundación Mainel, 2004, 85-110.

R. SCOTTO, *El lenguaje del amor. Sexualidad y vida de pareja*, Ciudad Nueva, Madrid 2006.

G. ZUANAZZI, *L'età ambigua. Paradossi, risorse e turbamento dell'adolescenza*, La Scuola, Brescia 1995.

EL AUTOR

Juan de Dios Larrú Ramos, DCJM., Doctor en Teología por el P.I. Juan Pablo II de Roma. Public.: L.Melina-J.Larrú,Verità e libertà nella Teologia Morale,Roma 2001